

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto real y medio

PROPIETARIOS

VIUDA É HIJOS

DE

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

FUNDADOR

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico.....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.^a—AÑO III.

Madrid 14 de Febrero de 1879

NÚMERO 30

SUMARIO

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—El Dr. Juan Enrique Newman, por D. Miguel Mir s. j.—Madrigal, por D. Francisco Navarro Villoslada.—Etimologías españolas, por don Francisco Javier Simonet.—La Religión de Shakespeare, por Ch. Barthelemy.—La Campana vengativa (balada), por don Vicente Barrantes.—El Beato Angélico, por V.—La puerta del Mercado en Hita.—El cráter del Vesubio.—El Castillo de Terciopele, novela de Paul Feval, traducción de Doña Balbina Antúnez.—Las cartas de San Ignacio.—Problemas.—Jeroglífico.

GRABADOS: Retrato del Beato Angélico.—La puerta del Mercado en Hita.—El cráter del Vesubio.

REVISTA

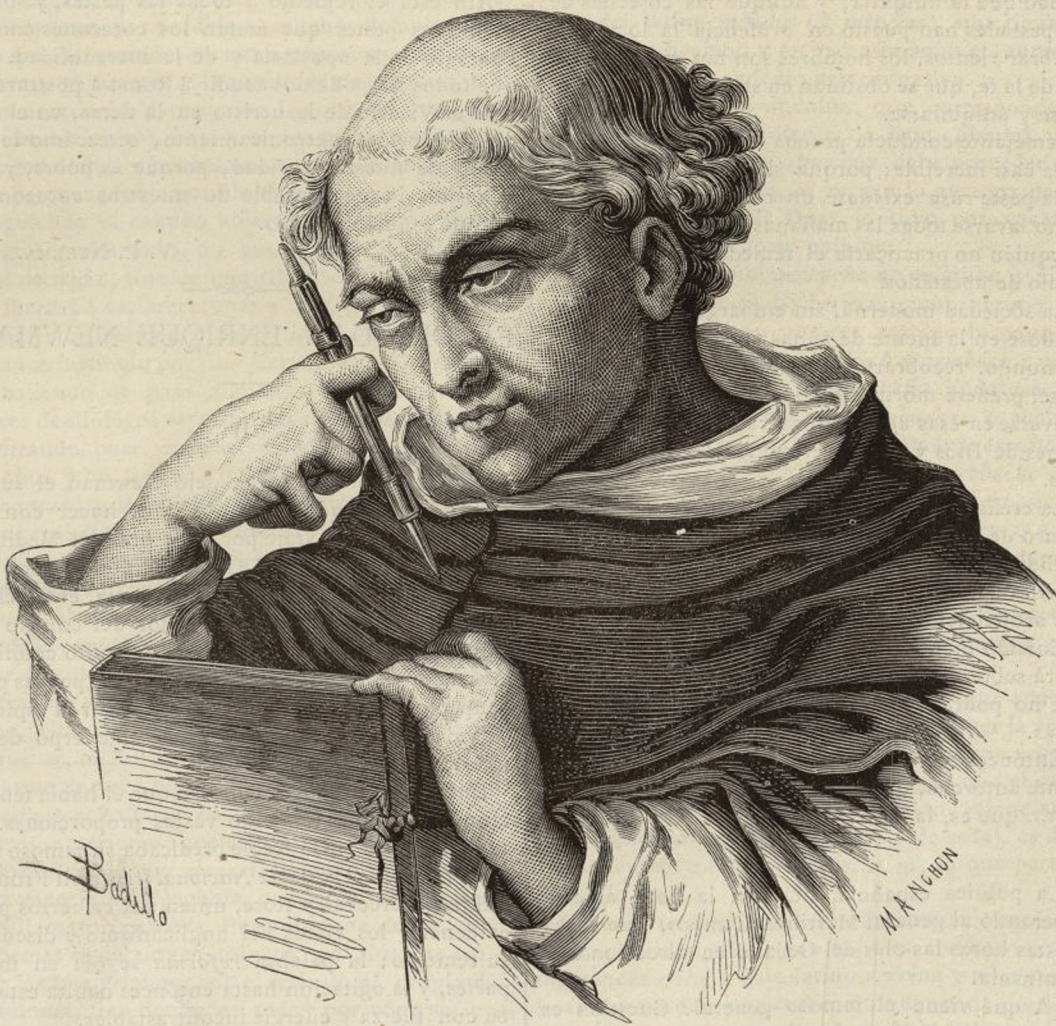
Embargan, casi por completo, hace días los hilos telegráficos dos cuestiones de suma importancia: la crisis francesa y la peste rusa. Cuando la electricidad ha sumado estos acontecimientos, no es de extrañar que ambos nos suenen á truenos y borascas.

Existen en efecto, entre am bos sucesos íntimas y profundas afinidades: que la peste rusa puede llegar á ser una crisis para Europa, ¿qué duda ofrece?; que la crisis francesa sea una peste, capaz de corromper con su contagio á media Europa, es punto que lo damos como averiguado. Por nuestra parte, confesamos que nos asusta más, y nos infunde mayores recelos la crisis de Francia que la peste de Rusia.

Creemos no aventurar un juicio exagerado diciendo, que entre todos los azotes con que Dios puede castigar á los hombres, la peste no es de los mayores, porque al fin la peste mata los cuerpos; pero hay otros que matan á la vez los cuerpos y las almas. Peor que la peste es la guerra, y peor aún que la guerra á mano armada, es la conspiración insidiosa de los impíos y cobardes que ciegan á sus víctimas y las deshonran ántes de clavarles en el pecho el puñal envenenado.

Más estragos ha causado en Europa y más víctimas tiene á su cuenta la revolucion francesa del 89, que el cólera morbo en todas sus invasiones y que la peste negra en su larga carrera de desastres. El virus de la Enciclopedia ha sido más ponzoñoso que el aliento de todas las pestes conocidas y que la baba de todas las víboras del mundo.

Y sin embargo, la sociedad moderna con la cara socarrada y negra por las llamas de la Commune, se sonríe ante los progresos de la peste moral, que llamamos socialismo, muy confiada en el alcance



RETRATO DEL BEATO ANGÉLICO

de los cañones Krupp, verdaderos bisturís de amputaciones sociales. Lo que á ella le aterra y espanta, lo que la saca de quicio es el peligro de una peste material, contra la que no valen los Krupp, ni la dinamita, ni arma ninguna del repertorio de nuestros adelantos mortíferos.

La peste, en efecto, es cosa que humilla á la industria moderna, tan orgullosa de sus armas de guerra. Sin gasto de pólvora, ni de hierro, ni de fundiciones, ni de fábricas, la peste extermina á un pueblo como la hoz del segador troncha las espigas del campo.

La verdad es, que el último de nuestros progresos, la última palabra, por decirlo así, de la ciencia, sería sorprender el secreto de la peste y apoderarnos de él como de un instrumento de guerra. ¿Qué son las ametralladoras, los fusiles de aguja, los cañones de acero y tantos otros adelantos del arte de matar, sino parodias de la peste, especies de juguetes de niños con que remedan éstos en sus diversiones las artes de los hombres?

No está el mal de la peste en lo que pudiéramos llamar su naturaleza y su constitucion intrínseca; está en la posesion de este arma de guerra, que se escapa al alcance de la mano del hombre.

El cual, sabiendo que el arma está en poder de Dios y que Dios es infinitamente sabio y bueno, cuando teme los estragos de la peste, es porque siente en su conciencia la voz de los remordimientos. El justo no teme la muerte, ni las sociedades verdaderamente cristianas desconfían nunca de la misericordia de Dios.

Volvamos de nuevo á la primera idea para atar los cabos sueltos. Hemos dicho, y repetimos ahora, que nos asusta más la crisis francesa que la peste de Rusia. Los estragos de la revolucion no son azotes pasajeros de la justicia de Dios, sino llagas permanentes de las pasiones humanas.

Hace noventa años, y aún más, que la sociedad europea está padeciendo los rigores de una enfermedad que la aniquila, y aunque las cosechas de tempestades han puesto en evidencia la locura de sembrar vientos, los hombres son tan ciegos sin la luz de la fe, que se obstinan en su tarea de corromperse y aniquilarse.

Semejante conducta prueba un grado de insensatez casi increíble; porque si contra la invasion de la peste rusa existiese un remedio tan sencillo como lavarse todas las mañanas en agua de la fuente, ¿quién no practicaría el remedio hallándose en medio de apesados?

La sociedad moderna, sin embargo, sabe que lavándose en la fuente de aguas vivas, abierta á todo el mundo, recobraría la salud perdida, y no obstante, prefiere morir entre las llamas del petróleo á lavarse en esas aguas consagradas por las bendiciones de Dios y por las virtudes de todos los siglos.

La crisis francesa es en este concepto síntoma seguro de impenitencia final: tiende á reproducir los horrores de la *Commune*, estableciendo sobre barriles de pólvora exposicion permanente de fuegos artificiales.

Cuando ménos se piense estallará el polvorin y caerá sobre Francia y sobre Europa nube de fuego, que no podrán apagar los cañones ni las bayonetas.

Entonces se verá claro, al resplandor de tan brillante antorcha, que hay algo peor que la peste negra... que es, la peste roja.

La política española está con la boca abierta esperando al general Martinez Campos, que surca á estas horas las olas del Océano en direccion á la Península.

¿A qué viene el famoso general? Question es esta más difícil de resolver, por ahora, que la cuadratura del círculo. Lo único que sabemos es que todos los partidos militantes han hecho estos días acopio de incienso para salir á esperar al caudillo cubano, el cual correrá grave riesgo de ahumarse al arribar á nuestras costas.

Sea cualquiera el juicio que le merezcan nuestros partidos, tendrá que confesar, mal que pese á su carácter belicoso, que los hombres públicos son gente de muchos humos.

Después de tomar aliento, prosigamos.

En el teatro de *Apolo* se ha celebrado una funcion solemne á beneficio del primer actor Sr. Vico. En ella se estrenaron tres obras nuevas, que han sido otras tantas desdichas para sus respectivos autores.

El más afortunado fué el Sr. Echegaray, el cual pudo salir á las tablas á compartir con los cómicos los aplausos del público, por más que tocasen á poco.

El drama ó leyenda, porque la obra todavía no está bien definida, se intitula *Morir por no despertar*; y en efecto, el Sr. Echegaray muere por no haber despertado del sueño de impiedad en que fantasea sus dramas.

El público le ha perdido el respeto y no será extraño que nos dé que reir en el próximo Carnaval.

Antes de concluir este párrafo, diremos que el *Español* ha inaugurado veladas literarias los viernes, en las cuales se leen poesías alternando con las representaciones dramáticas. Para ellas prepara un poema el insigne poeta Sr. Sanchez de Castro, que ojalá pueda borrar la impresion que ha dejado en el público la *Ultima lamentacion de Lord Byron*.

Volvamos la hoja ántes de concluir para dejar en el ánimo de nuestros lectores impresion más halagüeña que las causadas por la peste, por la política y por los teatros.

La cristiandad entera se prepara á celebrar con fiestas religiosas el aniversario de la feliz eleccion del Papa Leon XIII, verificada el 20 de Febrero del año pasado.

Los corazones de los fieles gravitan hácia Roma como los enfermos hácia la piscina de salud, ansiosos de bañarse en las aguas regeneradoras de la doctrina católica. En las salas del Vaticano, como en las antiguas Catacumbas, se encierra la luz que ha de iluminar al mundo cuando la impiedad haya consumado su obra de tinieblas.

Allí está el remedio á todas las pestes, y sobre todo á las pestes que matan los corazones con el contagio de la apostasía y de la incredulidad. Ya que todos no podamos acudir á Roma á postrarnos ante el Vicario de Jesucristo en la tierra, en el día de su glorioso entronizamiento, ofrezcámosle el óbolo de nuestra caridad, porque es pobre, y la adhesion inquebrantable de nuestros corazones, porque es justo y santo.

V. P. NULEMA.

EL DR. JUAN ENRIQUE NEWMAN

II

En Diciembre de 1832, dejó Newman el suelo natal y sus amados estudios para hacer con su amigo Froude un viaje por las costas del Mediterráneo; estuvo dos veces en Roma, donde visitó algunos personajes de la corte pontificia, entre ellos el Dr. Wiseman, á la sazón Rector del colegio inglés; pero si admiró el esplendor del culto católico, ofuscado como tenía su entendimiento por las preocupaciones anglicanas, no pudo sentir el espíritu de vida sobrenatural que anima el cuerpo de la Iglesia de Jesucristo.

Entretanto el movimiento en que él había tenido tanta parte, iba tomando vastas proporciones. El 14 de Julio de 1833 Keble predicaba su famoso sermón titulado *Apostasía Nacional*; Hurrell Froude, Palmer, Perceval y Rose, unían sus esfuerzos para evidenciar los vicios del anglicanismo y discurrir su remedio; la palabra *reforma* se oía en todas partes, y la agitacion hasta entonces oculta estallaba con fuerza y energía incontrastables.

Entonces fué cuando Newman, vuelto ya á Inglaterra y colocado en el centro de aquel movimiento para dirigirlo y dominarlo, ideó la publicacion de tratados populares (*Tracts for the Times*), en los cuales se examinaban los principios de la Iglesia anglicana, comparándolos con las enseñanzas de la Iglesia primitiva y con los dogmas de las diferentes ramas en que se divide la cristiandad. En la redaccion de estos tratados tomaron parte los hombres más distinguidos de la Universidad de Oxford. La resolucion y desenfado con que sus

autores abordaban en ellos las cuestiones que á la sazón más preocupaban al público de Inglaterra, la forma atractiva y fácil de su estilo, y las críticas circunstancias que atravesaba entonces la Iglesia anglicana, dieron inmensa popularidad á estos escritos. Es cierto que hoy día todos, ó los más, han caído completamente en el olvido; mas examinándolos con imparcialidad no se puede ménos de reconocer, que á pesar de su vaguedad y de las preocupaciones anglicanas que reflejan todos ó los más de ellos, cada uno de estos tratados era un paso más en la senda de la verdad, así como un motivo de alarma para los superiores jerárquicos del anglicanismo, que ya empezaban á recelarse de que el movimiento que había empezado sin más fin que el de purificar á la Iglesia nacional de los vicios que con el tiempo había contraído, fortificándola contra las embestidas cada vez más pujantes del moderno liberalismo, viniese á parar al formal aproximamiento á la Iglesia Romana y al reconocimiento de sus prácticas, de sus doctrinas y derechos. En realidad los que dirigian el partido anglo-católico (que este era el nombre que habían adoptado) vagaban á la ventura, sin más propósito que buscar la verdad en fuentes que creían legítimas, y sin más fin ni resultado que la satisfacción que cabe á un espíritu generoso en declarar y divulgar, sea de palabra, sea por escrito, lo que cree justo y verdadero. Así lo confiesa Newman más de una vez; pero esta misma sinceridad daba valor inmenso á aquellos escritos. Así no es de extrañar que su accion é influencia no sólo trascendieran á todas las esferas de la sociedad, sino que se extendiesen rápidamente á América y las colonias.

De esta manera se fué propagando y robusteciendo el partido *anglo-católico*, hasta que vino á estrellarse en aquella misma Iglesia, cuyos intereses se creía llamado á fomentar y enaltecer. La ocasion del fracaso ó rompimiento fué la publicacion del tratado núm. 90 de la Coleccion, en que se comparan los treinta y nueve artículos del credo anglicano con los decretos del Concilio Tridentino, indicando los puntos de su oposicion y los medios de fácil avenencia. No es de este lugar discutir las doctrinas de este libro; basta á nuestro propósito indicar que sus tendencias abiertamente católicas alarmaron terriblemente á los adeptos de la Iglesia anglicana, y en especial á sus obispos y autoridades. La voz de *traicion* sonó más de una vez en los oídos de Newman; de todas partes vió levantarse contra sí fieros enemigos y crueles reconvencciones; y amargado su espíritu por infinitos disgustos y desabrimientos, y viendo llenarse la medida de la tolerancia episcopal, tuvo que dar de mano á la publicacion de los tratados, dispersando las fuerzas reunidas y refugándose á sus predilectos estudios de historia eclesiástica.

Hallábase engolfado en el de la herejía de Eutiques cuando llegó á deshora á sus manos un artículo publicado en la *Revista de Dublin*, y en el cual su autor (que se supo más tarde haber sido el futuro Cardenal Wiseman) comparaba la situacion actual de la Iglesia anglicana con la de los donatistas de África en tiempo de San Agustín. Leyólo Newman detenidamente, mas sin que le hiciese grande impresion su lectura; pues no veía la semejanza de uno y otro caso, y ménos las consecuencias que el teólogo ilustre se esforzaba en deducir. Háblale ya echado á un lado y aún olvidado del todo, cuando visitándole uno de sus amigos (creemos que fuese Keble), llamó su atencion hácia unas palabras de San Agustín citadas en el escrito del Dr. Wiseman, señalándoselas con el dedo, y repitiéndoselas con particular entonacion: *Securus judicat orbis terrarum*. Estas palabras fueron para Newman una prodigiosa revelacion. Jamas palabra ninguna había hecho igual impresion en su espíritu. A su sonido, cual evocada por sobrenatural operacion, apareció la verdadera Iglesia de Jesucristo extendida en todos los puntos del espacio, viviendo en todos los instantes del tiempo, dando testimonio de las verdades recibidas de su divino fundador, y con su instinto de fe, con la proclamacion de las doctrinas transmitidas por la tradicion, desbaratando las argucias de los sofistas y las utopías de los novadores. Este testimonio vivo, permanente, inalterable del pueblo cristiano, aparecía á los ojos de Newman como un criterio y regla de fe más poderoso, más seguro, más universal que el mismo testimonio de

la antigüedad eclesiástica, cuyos juicios buscaba con tanto afán en las obras de los Santos Padres. Él era la expresión, la forma visible y animada, el eco de la voz del Espíritu Santo viviente en la Iglesia, que la asiste con su influjo y la guía con su soberano magisterio por los senderos de la salvación. Ante la grandeza de testimonio tan augusto, desaparecieron los fantasmas de las iglesias disidentes, engendro monstruoso de la loca soberbia de los sectarios. Al sonido de las declaraciones infalibles de la Iglesia universal, se desvaneció, cual alejada por misterioso conjuro, la autoridad de la Iglesia anglicana, puramente institución, á la cual Newman había considerado hasta entonces como la Iglesia de Jesucristo y que no era más que una nacional, separada del cuerpo de la cristiandad, que la rechaza y anatematiza, y que no tiene con ella ninguna comunicación de vida sobrenatural. Con esto todas las ideas de Newman se trastornaron. Aquel fué el momento crítico, decisivo, el más trascendental de su vida. Desde aquel punto, aunque unido visiblemente con el anglicanismo, estuvo realmente apartado de él en su espíritu y en su corazón.

Mas si por una parte veía el error en que hasta entonces había estado, si las doctrinas de la Iglesia católica le aparecían cada vez más puras, sus prácticas más saludables y su vida la continuación de la vida infundida en el cuerpo místico de los fieles por su Divino Fundador, el hecho de su conversión al catolicismo había de tardar algunos años en realizarse. Porque una cosa es estar persuadido de la necesidad de creer, y otra muy diversa creer verdaderamente. Para lo primero basta la atenta consideración de los argumentos ó motivos en que se apoya la verdad de la religión cristiana, los cuales, siendo evidentemente creíbles, no pueden menos de manifestarse tales á un espíritu recto y desapasionado, mientras que para lo segundo se requiere un auxilio ó gracia del cielo, la cual nunca falta á los que sinceramente se disponen á recibirla; pero que en realidad no está en la mano del hombre, y á la cual puede éste oponer porfiada resistencia.

Por este tiempo trabó Newman estrecha amistad con el doctor Russell, rector del famoso colegio ó seminario de Maynooth, y una de las lumbreras de la Iglesia católica en Irlanda. A pesar de la intimidad de tales relaciones, dice Newman que jamás le habló el doctor Russell ni una palabra siquiera sobre religión; caso raro, que halla su explicación en la sabiduría y prudencia de este hombre eminente, temeroso tal vez de que la acción ó palabra humana entorpeciese la operación de la divina gracia en el alma de su amigo. Efectivamente, éste ha confesado en alguna de sus obras, que era tal la situación de su espíritu por aquel tiempo, que si alguien hubiera mostrado empeño en persuadirle de la necesidad en que estaba de entrar en el seno de la Iglesia Católica, probablemente su conversión se habría diferido algunos años más, ó quizá nunca se habría realizado. Mas si por una parte el Dr. Russell huía de entablar con Newman cuestiones sobre la Religión, por otra tampoco le dejaba abandonado al error de sus doctrinas, enviándole tratados religiosos, y en especial libros de devoción, que, al par que ilustrasen su entendimiento, formentasen su piedad. Uno de los que cayeron en sus manos por este tiempo, fué el librito de los Ejercicios de San Ignacio, libro cuya lectura y meditación causó impresión profunda en el ánimo de Newman, porque aprendió en él, como dice, á aislarse de todas las criaturas por tratar con Dios *solus cum solo*. En esta situación de espíritu vivió algunos años, hasta que al fin, después de largas instancias y oraciones, sonó la hora en que la misericordia Divina tenía determinado descubrirse á esta alma escogida. La noche del 8 de Octubre de 1845 (fecha que será memorable en los anales de la Iglesia Católica en Inglaterra), con ocasión de pasar cerca de Oxford un religioso Pasionista, llamó Newman á las puertas de la Iglesia Católica, las cuales le fueron franqueadas amorosamente. Antes de dar este paso, había notificado á algunos de sus amigos lo que iba á hacer. Unos pocos de ellos, como los hermanos Wilberforce, Ward, Oakeley, Coleridge, le siguieron más ó menos tarde en tan generosa resolución; otros, como Pusey, Perceval y Keble, aquel mismo Keble que había sido instrumento y ocasión de la conversión de Newman,

no tuvieron el valor ó la gracia necesaria para imitarle; misterios de aquella adorable Providencia que á éste escoge, y al otro rechaza, sin que podamos penetrar la razón de sus designios y decretos.

MIGUEL MIR. S. J.

MADRIGAL

Fuente brota en mi valle
Que á los pastores
Calma la sed, y riega
Campos de flores;
Y en blanca nube,
Tendida por las auras,
Al cielo sube.

¡Bendito de la fuente
Sea el destino,
Que nos traza y enseña
Nuestro camino!
Cruzar el suelo,
Haciendo bien á todos;
Volar al cielo!

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

ETIMOLOGÍAS CASTELLANAS

Quiero comunicar á los lectores de LA ILUSTRACION CATÓLICA algunas etimologías castellanas que creo haber descubierto, no en los peregrinos y rebuscados tesoros de las lenguas árabe, hebrea y griega, sino en el riquísimo é inagotable venero de los orígenes latinos.

Bien sé que algunos conocerán estas investigaciones, equiparándolas al juego más ó menos ingenioso de las charadas y acertijos. Pero yo, que no quisiera tener por perdido el mucho tiempo y trabajo que he gastado en estas pesquisas, me escudaré con el ejemplo y la autoridad de ingenios tan eminentes como Varron, San Isidoro, Aldrete, Covarrubias, Cabrera, Díez y tantos otros que se han ejercitado larga y honrosamente en buscar la solución de tales problemas filológicos.

Siguiendo el camino abierto y allanado por tan egregios precursores, no busco fama de ingenioso ni de sagaz, sino de contribuir en la escasez de mis fuerzas á esclarecer más y más los orígenes de los dialectos ibéricos, y sobre todo, del riquísimo romance ilustrado por los Cervantes y Granadas, combatiendo de paso algunas preocupaciones y errores de filólogos especialistas ó sistemáticos.

Entrando, pues, en materia, diré que en no pocos años y no livianas indagaciones, he hallado entre otras las siguientes etimologías, que valgan lo que valieren, quiero entregar por medio de la publicidad al examen de la crítica. Pero antes quiero prevenir al discreto lector que más aspiro al lauro del acierto que al de la originalidad y la novedad; y que si en las etimologías que presumo haber descubierto, hallase algunas ya indicadas ó imaginadas por otros, no lo atribuya á espíritu de plagio, sino á falta de consulta ó de memoria. Porque en tal caso, no deberé confundirme, sino holgarme de ver confirmado mi descubrimiento y autorizado el hallazgo con el parecer y aprobación de otros, anteriores ó coetáneos.

Alcarcil, *alcauci* y *alcaucil* llaman los andaluces á una especie de alcachofa, que los moros granadinos llamaron *cabrilla*. Pues ninguna de las cuatro formas es de origen árabe, no obstante empezar las tres primeras con el artículo *al*, propio de este idioma, sino derivadas todas por contracción del castellano *cabecilla* por rematar aquella planta en una alcachofa en forma de cabecilla, á cuyo tallo ó púa llamaron los griegos *kefale*, los latinos *capitellum* y los españoles *capota*. (V. el Diccionario de la Academia). En cuanto á la sílaba inicial, es sin duda, el artículo árabe *al*, que se adhirió en nuestra Península á muchos vocablos latinos é ibéricos.

En antiguo castellano se decía *alconcilla* á una especie de arrebol. El tal vocablo no es de origen árabe, como alguno pudiera creer á vista de la

sílaba inicial, sino derivado del latino *conchylium* (convertido luego en *conchilium* y *conchilia*) y aumentado con el artículo *al* propio de aquel idioma. Cuya derivación se confirma plenamente con el siguiente pasaje de San Isidoro, en el libro IX, capítulo 28 de sus Etimologías: «*Conchilium dictum eo quod ex conchulis marinis color ejas colligitur.*» En cuanto al cambio de *conchylium* en *concilla*, compárese el castellano *conchilla*, y las formas italianas *conchiglia*, *cochiglia* y *cochilla*.

Las voces castellanas *alcornoque* y *alcorque* proceden, á mi entender, de la latina *quercus* (encina), aumentada la primera con una *n* vocalizada, por razón de eufonía, y ambas con el expresado artículo árabe. Y á este propósito me bastará añadir que en nuestra nomenclatura geográfica, se hallan las voces *Alcorcal* y *Alcorcales* en el sentido de *alcornocal* y *alcornocales*.

La voz *alcubilla* no es árabe, como alguno imaginó, aunque va precedida del artículo propio de aquel idioma, ni propiamente un diminutivo de *cuba*, con sentido ordinario, como apuntó Díez, sino de *cava*, cueva, forma española del latino *cavea*, y que alterada en *coba* y *cuba* se encuentran en antiguos documentos geográficos de nuestro país, y en el dialecto de los moros granadinos, todo cuajado y atestado de términos españoles. *Cuba* en el sentido de *alcubilla* se halla en una escritura árabe-granadina que dejo citada en mis estudios sobre el dialecto hispano-mozárabe, *Alcubiella*, *Alcubilla*, *Coba*, *Cubella*, *Cubilla*, y otras formas análogas que suenan en nuestra nomenclatura geográfica de diversos tiempos y comarcas, indicando localidades caracterizadas por cuevas, fuentes, manantiales y depósitos de agua, y de aquí el río *Cubillas* en esta provincia de Granada.

El antiguo castellano *almanaca*, manilla, adorno de mujeres, no es tampoco voz árabe, sino resultado de la unión del artículo *al*, propio de este idioma, con la palabra latina *manica*, de cuyo diminutivo *manicula* procede la española *manilla*. Nuestra voz *almeja*, seguramente no es vocablo árabe, según imaginó el célebre arabista Dozy, sino derivado del latino *mitulus* (y *mitylus*), que tiene la propia significación y recibió asimismo el aumento del expresado artículo determinativo.

Almiron, vocablo andaluz, que corresponde al castellano *amargon* (diente de león, planta) y al portugués *almeirao* y *almeiroa*, debe proceder del adjetivo latino *amarus*, *a*, *m*, por lo amargo de su sabor. Y aunque M. Dozy lo tuvo por vocablo griego, ha rectificado su opinión.

El vocablo español *acebuche* no es árabe, y á mi entender tampoco es berberisco, como alguno ha creído. Hállase, sí, en autores árabe-hispanos y africanos bajo las formas *zebbuch* y *zembuch*; pero también hallamos en la geografía andaluza de aquel período el nombre *itz-zembuchan* ó *acebuchal* (1), cuya terminación es ciertamente española.

A mi juicio, *zebbuch*, *zembuch* y *acebuche* son corrupción del latino *acerbus*, *a*, *m*, áspero, acerbo, epítetos que convienen al olivo silvestre ó acebuche, á diferencia del cultivado. Téngase además en cuenta que al adjetivo latino *acerbus* viene de *acer*, *acre*, y como nombre apelativo, el *arce* ó *acere* y el *acebo*, árboles silvestres que se distinguen por lo áspero y cespado de sus hojas.

Azarja y *zarja*, nombres castellanos que expresan una especie de instrumento para coger la seda cruda, no es nombre árabe, como alguno sospechó, sino á mi juicio del mismo origen que el castellano *sarga* y su equivalente catalán, valenciano y portugués *sarja* (especie de tela de seda), es decir, del adjetivo latino *sericus*, *a*, *m*, lo que pertenece á la seda.

El nombre castellano *barrena*, con sus equivalentes catalán y valenciano *barrina*, italiano *verrina*, francés *vrille* y bajo-latino *verrina* y *verrinum*, no es ciertamente voz árabe, aunque usada por los moros de Granada, sino derivada de la latina *veru*, usada por Plauto y formada á su vez de *veru* (asador, dardo): compárese el vocablo bajo-latino *verrubius*, terebrus, según Papías, citado por Du Cange.

El vocablo castellano *batán*, en baja latinidad *batandus* y *batandum*, con sus derivados *batanar* y *abatanar*, viene sin duda del verbo bajo-latino

(1) En la provincia de Sevilla, según el geógrafo Idrisi.

batere (y *batere*), y éste del latino *batuere*, golpear, sacudir, batir.

El adjetivo castellano *bajo* (prieto), no viene de *fuscus*, como imaginó el ingenioso etimologista Cabrera, sino del bajo-latino *bassus*, usado en las glosas Isidorianas por *bajo* y en otros autores por *subobscurus*, como puede verse en el Glosario de Du Cange, II, 443.

La voz castellana *calabaza*, con sus equivalentes catalana *carbassa*, catalana y valenciana *carabassa*, provenzal *calabassa* y siciliana *aravazza*, no es seguramente árabe, como alguien imaginó, sino como ya apuntó nuestro Covarrubias, del latino *cucurbita*, suprimida por contracción la sílaba reduplicativa *cu*.

La voz castellana *calapatillo*, nombre de un in-

secto y sus análogas *calapaquil* y *quelepequil* (especie de pulgon), habladas por los moros granadinos, son á mi juicio formas diminutivas del antiguo vocablo español y probablemente ibérico *galápac*, que hoy se dice *galápago*, y se hallan en autores árabe-hispanos, que la dan como término y locución de nuestro idioma, y no del suyo.

Otras muchas etimologías pudiera apuntar, si-



LA PUERTA DEL MERCADO EN HITA

guiendo el orden de nuestro alfabeto, si para ello tuviese tiempo y espacio suficiente. Forzoso es suspender ya la tarea empezada; mas no desespero de continuarla algun dia, si á ello me animasen con su buena acogida los ilustrados é indulgentes lectores de esta Revista.

F. JAVIER SIMONET.

LA RELIGION DE SHAKESPEARE

Al frente de este estudio, y como epígrafe el más oportuno, transcribimos este pensamiento de M. de Maistre, uno de los mayores admiradores del Esquilo inglés: «No cesaré de decirlo como de creer-

lo: el hombre no vale más que por lo que cree; quien nada cree, nada vale.»

¡Cuán cierto es esto en las artes y en la literatura, en la ciencia y en la política! El valor y la grandeza de Shakespeare, únicamente se explican por la fé, que tuvo en él uno de los más valerosos defensores y testigos, en una época tan ter-



rible como fué el sangriento reinado de Isabel. El valor, es decir, la valentía del gran poeta dramático que erigió el teatro en tribunal vengador de la justicia, tuvo su origen en la fe profunda de este genio que nació, vivió y murió católico y como católico.

Demostremos victoriosamente con documentos precisos y terminantes, la nulidad de las pretensiones de los protestantes, judíos y libre-pensadores, obstinados á pesar de los más brillantes testimonios en contrario, en revindicar á Shakespeare como á uno de los suyos, á Shakespeare, cuyas obras son una condenación completa de sus enormes errores.

Causa extrañeza que los católicos no hayan, sino hasta hace muy poco, probado el catolicismo de este genio. En Inglaterra, solamente en 1858, publicó M. Simpson en un periódico titulado *The Rambler*, una serie de artículos muy interesantes

acerca de la religión de Shakespeare. Siguió sus huellas un francés, M. Rio, quien, en 1864, completó las investigaciones de su predecesor, y dilatando el cuadro, probó, sin género alguno de duda, que *Shakespeare fué católico*. Se ha hecho de este libro una nueva edición en 1875.

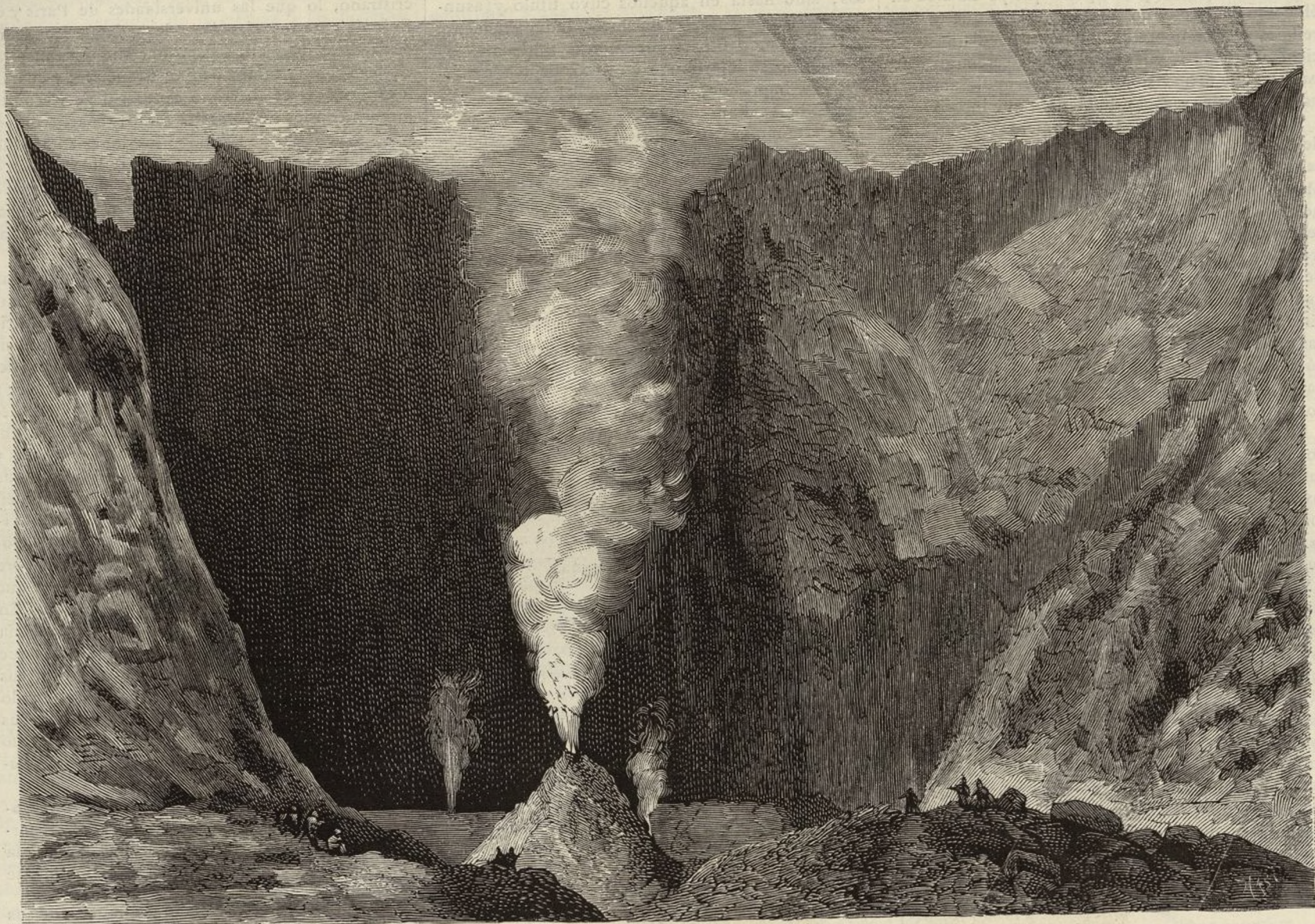
En Francia, ya en 1821, el protestante M. Guizot, en su *Ensayo acerca de la vida y obras de Shakespeare*, escribía: «Háse dicho que Shakespeare era católico; por lo ménos parece cierto que tal fué la creencia de su padre: en 1770, recorriendo un albañil el tejado de la casa donde había nacido Shakespeare, encontró entre los andamios y las paredes un manuscrito colocado allí indudablemente en un momento de persecución y que contenía una profesión de fe católica en 14 artículos, que todos comienzan con estas palabras: «Yo, John Shakespeare.»

Es de sentir que M. Guizot se haya limitado á

generalizar como un hecho conocido, la creencia en el catolicismo del gran poeta inglés, sin citar autoridades, obligando á los Sres. Simpson y Rio á buscarlas en las obras de Shakespeare, hallándose tan abundantes que suministran al ánimo, no sólo la verosimilitud, sino la irrefragable verdad que intentamos demostrar.

La vida del gran poeta es poco y mal conocida, numerosos errores y mentiras circundan á este hombre célebre desde su cuna hasta su tumba, y para hallar un rayo de luz intentaremos restablecer los hechos en toda su integridad y pureza.

Vemos á Shakespeare en Stratford, lugar de su nacimiento, en medio de su familia, víctima de todas las vejaciones que sobre los católicos hicieron pesar los tiránicos gobiernos de Enrique VIII y Eduardo VI. M. Rio ha dibujado el cuadro de estas persecuciones deduciendo la siguiente conclusión, que cualquiera hará suya: «Por lo demás,



EL CRÁTER DEL VESUBIO

dice, las inducciones que hemos sacado de los hechos y consideraciones precedentes no tienen valor alguno, sino á condición de no ser desmentidos, ni por lo que sabemos de la vida subsiguiente del poeta, ni por el espíritu general de sus composiciones dramáticas... Si su educación primera ha dado solamente la mitad de sus frutos: si el pintor que ha trazado en el *Rey Lear* la arrebatadora imagen de Cordelia ha conocido por experiencia propia las santas emociones de la piedad filial; si la ambición del éxito, dramático ó de cualquier otro género, deja todavía en su alma un lugar para más altas aspiraciones; si hace entrar en las futuras atribuciones de su genio la fustigación de la impiedad y la glorificación de las víctimas, desde luego podemos estar seguros de que estas ebulliciones internas, comprimidas, pero jamás extinguidas, sabrán abrirse paso á través de las más pequeñas y no guardadas salidas.»

Llegaba Shakespeare á Londres, donde debutó en

un teatro de poca importancia, pero que poco después hizo célebre por el valor y audacia de sus representaciones. En él fué donde primeramente luchó contra los escritores protestantes, que en vergonzosas producciones dramáticas calumniaban imprudentemente á los católicos, excitaban el fanático celo de los sectarios, y corrompían ostensiblemente los espíritus. M. Rio resume los primeros resultados de esta lucha del siguiente modo:

«Figurémonos la emoción con que debieron ser acogidos los primeros rumores acerca de la especie de revolución que se había operado en el primer teatro de la capital, acerca del joven poeta de 25 á 30 años que se atrevía á poner en escena las alusiones más conmovedoras y más audaces, ya quisiese censurar á los perseguidores, ya enternecer acerca de la suerte de los perseguidos, que parecía que intentaba una reacción en pró de las tradiciones católicas, ridiculizando á ciertos ídolos de los reformistas, y rehabilitando bajo su doble forma, la

ascética y la caballeresca, el ideal que la vulgaridad de los unos y el fanatismo de los otros se encarnizaba en proscribir.»

Era preciso que Shakespeare estuviese dominado de la necesidad imperiosa de aliviar su corazón para empezar con manifestaciones tan atrevidas como las que se encuentran en sus dos primeras obras dramáticas, *Pericles, rey de Tiro*, y *Tiio Andónico*. No contento con glorificar á los católicos y á sus creencias, pone en la picota á los compradores, ó más bien (sirviéndonos de su única expresión), á los devoradores de los bienes eclesiásticos, y caracteriza el despotismo real de Enrique VIII y de Isabel en tales términos, que los nombres propios debían venir á las mentes de los espectadores. «Cuando los tiranos acarician, entonces hay que temer, porque son los dioses de la tierra, absolutos en el mal como Júpiter, y como él sin contradictores: en el vicio su ley es su voluntad; un primer crimen provoca un segundo, y en ellos la pasión

sensual y el asinato son tan inseparables como el fuego y el humo.»

¿Quién no reconocería en estas palabras una alusión á Enrique VIII y á su digna hija Isabel?

En el drama *Tito Andónico*, era la reacción más religiosa que política, revistiendo formas tan inusitadas, que dan lugar á creer en una connivencia misteriosa ó en algún patrocinio bastante poderoso para tranquilizar al poeta de las malas consecuencias que podrían producir sus alusiones. No olvidemos que los comienzos de Shakespeare coincidieron con una especie de golpe de Estado que suprimió dos teatros un poco indiscretos en lo referente á cuestiones religiosas.

Hay en el acto 5.º de *Tito Andónico* un diálogo notable, y sobre todo muy significativo entre Aaron y Lucius, aquél, espantoso, malvado, con sus puntas de ateo, y éste, piadoso, leal y bravo como cumplido caballero.

Aaron exige un juramento á Lucius, que le responde:

—¿Y por quién juraría yo? Tú no crees en Dios.

«AARON.—¡Bah! ¿qué importa que yo no crea en él, como en efecto, no creo? Pero yo sé que tú eres religioso y que tienes en tí algo que se llama conciencia con no sé cuántas manías y ceremonias de papista, que te he visto observar escrupulosamente: por todas estas razones, te incito á que jures.»

Acabamos de asistir á las primeras escaramuzas de Shakespeare contra los perseguidores, y sin cesar continuó esta guerra en sus dramas históricos. Más de una vez había visto en Tyburn á los misineros condenados á sufrir el suplicio de los traidores, orar por aquella que les hacía abrir el vientre. Este recuerdo le inspiró en el *Enrique VI* uno de sus más atrevidos versos. «Los sacerdotes ruegan por sus enemigos; pero los príncipes matan.» En *Ricardo III* fustiga terriblemente á los hipócritas que abusaban de los textos sagrados, y pone las súplicas de los santos y las de las víctimas inmoladas por el tirano entre las fuerzas que combatían contra él.

En *Romeo y Julieta* rehabilita el ideal ascético (los hermanos Lorenzo y Juan) con tal audacia que pasma, y en el *Mercader de Venecia* hállase una invectiva aún más acentuada que las anteriores contra los que abusaban de los textos sagrados «para propagar los errores más dignos de condenación.»

Vivamente sentimos no poder seguir, ni aún de lejos y por el análisis, á M. Rio en su estudio del drama histórico *de la vida y la muerte del rey Juan*: en este drama se comprende perfectamente cómo entendió y practicó Shakespeare por medio del tirano la refutación de las mentiras históricas relativas á los anales de Inglaterra. Tratábase de destruir las obras dramáticas de los sectarios, que cambiando los papeles habían hecho de Juan Sin Tierra el ideal del honor y del derecho, mientras que el papado representaba á los ojos de las turbas todo lo más odioso que pueden tener la ambición, la doblez y la hipocresía.

En sus tres dramas históricos acerca de Enrique IV y Enrique V, buscó Shakespeare recuerdos y caracteres en quienes poder personificar el ideal caballeresco y el religioso para oponerse á las tendencias dominantes de su siglo, cada vez más hostiles á las instituciones y tradiciones destinadas á perpetuarlos.

Shakespeare reasumía el ideal religioso y le hacía revivir bajo la cogulla de los franciscanos (Lorenzo y Juan), y en cuanto al ideal caballeresco, este culto supone necesariamente en quien con tanta audacia lo profesaba, un entusiasmo no menos decidido por las expediciones selladas con este carácter, es decir, las cruzadas, y efectivamente nótese que Shakespeare es el único entre sus coetáneos que habla de ellas como poeta católico bajo el doble aspecto de la fe y de la gloria nacional. Ya en la tragedia de *Ricardo* había enaltecido la caballería, descubriéndose el mismo acento de convicción sincera y de piadosa admiración en las palabras que pone en boca de *Enrique IV* en la primera escena del drama que lleva su nombre, cuando este príncipe proclama su deseo de dirigir el ardor de sus varones «hacia aquellos campos sagrados un tiempo hollados por los pies benditos, que

fueron hace catorce siglos clavados para redimirnos en el amargo leño de la Cruz.»

Y en su drama *Enrique V*, desde el principio del primer acto es llamado este rey por el Obispo de Ely un amigo fiel de la Santa Iglesia, y poco después, el poeta le presta estas palabras características: «La conquista de la Francia absorbe todos nuestros pensamientos, excepto los que tienen á Dios por objeto; porque aquellos exceden á todos los demás.»

Este predominio del sentimiento religioso, combinado con el heroísmo caballeresco, forma, por decirlo así, la doble trama de la pieza, y da lugar á manifestaciones cada vez más conmovedoras, ántes, durante y después de la terrible batalla de Azincourt.

«La posición de Shakespeare frente al poder, tanto religioso como político, se halla ahora claramente dibujada. Era un poeta de oposición, y de oposición no clandestina; un poeta cuya musa se hacía cada día más militante, no sólo en sus dramas históricos, en su mayoría hostiles ó sospechosos, sino hasta en aquellos cuyo título y asunto parecían garantizar la inocencia. Indudablemente fué este el motivo para que la pieza titulada *Como queráis* no se imprimiese en 1600, debiendo diferirse su impresión, así como la del drama *Enrique V*, hasta el año de 1623.»

De este modo extrae M. Rio de todas las producciones de Shakespeare, compuestas bajo el reinado de la terrible Isabel, todo lo que demuestra la oposición que el valiente poeta hacía al partido dominante, probando á la vez su valor y su catolicismo.

CH. BARTHELEMY.

(Se continuará.)

LA CAMPANA VENGATIVA

BALADA

—Niña, ya la campana
Te llama á misa:
Si no vas, á buscarte
Vendrá ella misma.
—¡Si está tan alta,
Madre!...
—Dios, que es su lengua,
le dará alas.
Al verse en traje nuevo,
Nuevo y más majó,
Se olvidó de la Iglesia
Por ir al prado;
Que hay allí flores
Y mozos, y en la Iglesia
Viejos gruñones.
Pero se encuentra sola,
Sola en el prado,
Y ve que la campana
Le sale al paso;
Toca que toca,
A misa de difuntos
Tocando sola.
Como toca, la niña
Corre que vuela;
Tocando la campana
Corre tras ella...
¡Medrosos sonos,
Los que corren y tocan,
Tocan y corren!
Así corrieron juntos
Hasta la Iglesia,
Donde cayó la niña,
De miedo muerta...
Y en són profundo,
La campana tocando
Siguió á difuntos.

VICENTE BARRANTES.

EL BEATO ANGÉLICO

El retrato del *Beato Angélico* que hoy publicamos, es principio de una serie que pensamos dar de artistas cristianos. A la cabeza de todos, nos ha

parecido que debía figurar el del gran pintor italiano del siglo XIV, cuyas obras son hoy admiradas por su belleza artística y veneradas por el recuerdo de las virtudes de su autor.

Nació Juan de Fiéso, llamado el *Angélico* por su piedad angelical, hacia los años de 1387 en Vichio, ciudad de los Apeninos, en la provincia de Mugello.

Los primeros años de su vida son desconocidos; sólo sabemos, por el testimonio de Vasari, que disfrutó en la casa paterna de las comodidades de una buena fortuna, que abandonó siendo todavía niño para tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de Fiéso, una de las villas más pintorescas que rodean á Florencia. Después de permanecer algún tiempo en este monasterio, tuvo que trasladarse á Foligno, y después á Cortona, donde perfeccionó sus conocimientos en el arte de la pintura. Sus maestros puede decirse que fueron los manuscritos de las bibliotecas monacales, enriquecidos con todo género de preciosas miniaturas.

Era la ciudad de Asís en este tiempo para el arte cristiano, lo que las universidades de París y de Bolonia para las ciencias y la teología. Los grandes artistas iban allí á depositar sus ricas inspiraciones sobre la tumba de San Francisco; y cuando los muros del celeberrimo santuario se vieron tapizados con los *ex-votos* del genio, repartieron por todas las iglesias de la ciudad los dones admirables de su talento artístico. En ellos estudió también el *Beato Angélico* los encantos de la pintura, que él supo elevar en alas de su piedad ardiente y apasionada á la cumbre del sentimiento y de la verdad católicas.

Al estudio de los antiguos pintores, principalmente de la escuela de Siena, añadió nuestro artista el estudio de la naturaleza, que tanto contribuyó á perfeccionar sus obras. No es esto decir que el *Beato Angélico* copiase como los artistas del *renacimiento* los modelos vivos de la naturaleza; á poco que se estudien sus obras, se verá que desdeñó el estudio de la anatomía, tal como la entendían los artistas educados en los modelos griegos y latinos; no obstante, tomó de la naturaleza lo que podía servir á la piedad y gloria de Dios, más bien que al talento y habilidad del artista. Los movimientos de sus personajes son adecuados, las proporciones convenientes, y en las fisonomías, sobre todo, se observan una expresión y una vida que la imaginación sola no hubiese podido alcanzar. En lugar de modelos mercenarios, cuya indiferencia apaga la inspiración, encontró en los religiosos que le rodeaban amigos á los cuales manifestaba sus ideas y sus sentimientos, logrando de este modo obtener la expresión adecuada á los rostros de sus santos. Por esto decía Miguel Angel que el *Beato Angélico* había ido á tomar sus modelos en el Paraíso.

Las obras de nuestro pintor, son muy numerosas: su biógrafo Cartier enumera hasta 123, repartidas por todos los museos de Europa, aunque la mayor parte subsisten en Italia, y principalmente en Florencia.

En esta ciudad, se ha formado un museo de sus obras en el antiguo convento de San Marcos, enriquecido por nuestro pintor con frescos admirables. Existen también muchas pinturas ejecutadas por su mano en Orbieto, en Cortona, y en la capital del mundo cristiano, donde acabó sus días, á los 58 años de edad en 1445.

La historia no nos ha transmitido pormenores de su muerte. Desapareció de entre sus hermanos, como el sol de otoño por entre los árboles de un valle apacible, iluminado por sus más dulces rayos. Un fin lleno de calma y de esperanza debía coronar una existencia tan pura y tan santa. Desde sus primeros años, su inteligencia se había aplicado á las cosas divinas, su voluntad se había sometido al yugo saludable de la obediencia, y su imaginación rica y fogosa, no había hecho otra cosa que concebir imágenes piadosas. La galería de sus cuadros forman como las cuentas de un rosario, porque cada tabla que salía de su pincel, valía tanto como una oración salida de sus labios. De las pinturas del *Beato Angélico* puede decirse lo que de los escritos de Santo Tomás: que son otros tantos milagros.

El nombre del *Beato Angélico* ha estado por mucho tiempo olvidado bajo las obras profanas del *renacimiento*, como las semillas de las flores bajo las

nieves del invierno. Poco después de su muerte el paganismo se apoderó de la sociedad cristiana: en política con las monarquías cesáreas; en literatura con el estudio exclusivo de los autores clásicos; y en el arte, con el culto de la mitología y del desnudo que señala la época del renacimiento. «El nuevo paganismo, ha dicho un crítico insigne, tuvo buen cuidado en desacreditar hombres y cosas, que ostentaban el sello inefable del genio cristiano. El *Beato Angélico* tuvo el honor de ser envuelto en la proscripción que acabó á la vez con las constituciones sociales de la edad media, con la poesía piadosa y caballerescas que por tanto tiempo fué el encanto de Europa, y con ese arte tan gloriosa y felizmente inspirado en los misterios y tradiciones de la fé católica. Todo esto fué declarado bárbaro, digno de olvido y menosprecio; y durante tres siglos ha sido olvidado y menospreciado, conforme al decreto de los maestros.»

Por fortuna hoy, el espíritu humano extragado por sus propias defecciones, ha vuelto los ojos á los tiempos pasados, para beber en las fuentes del cristianismo las verdades de la ciencia y las bellezas del arte. La Edad Media ha salido de su sepulcro, más bella y lozana que nunca, ostentando en su frente la aureola de la piedad gloriosa y vivificada. Con la rehabilitación de la Edad Media y del arte cristiano, ha recobrado el *Beato Angélico* el lugar que le había asignado el juicio de sus contemporáneos. Sus obras son hoy tan estimadas, que la más pequeña, es un tesoro para un museo de pinturas, y ante ella, como ante un altar, se postran de hinojos los artistas y los fieles.

Trascribiremos para acabar palabras elocuentes de Cartier sobre las tablas del *Beato Angélico*. «Este gran pintor, dice, había recibido del cielo todas las cualidades que constituyen el verdadero artista: la inteligencia y amor de lo bello, exquisita sensibilidad de corazón, imaginación fecunda y mano hábil y pronta para obedecerle. Si su humildad no le hubiese alejado de las luchas de su siglo, hubiese sobrepasado á Ghiberti en los progresos materiales del arte. Más fiel que éste á la tradición, puso en sus composiciones un orden más simple y más severo. Sus Juicios finales, sobre todo, ofrecen una armonía de líneas y una disposición de grupos muy notables; sus tipos están profundamente sentidos, lo que prueba que los estudiaba en la meditación y en la plegaria, pintaba las imágenes de Nuestro Señor y de Nuestra Señora en medio de gemidos y de lágrimas. Sus cabezas de Cristo, representan muy bien á la divinidad revestida de la carne para sufrir, y sus figuras de Virgen muestran la divinidad en lo que ésta tiene de más suave y más delicado. Pero en lo que brilla especialmente su gran genio es, en los tipos de los ángeles, que ha sabido variar hasta lo infinito. Al ver esa multitud de espíritus celestes, que adoran, cantan y ejecutan danzas y conciertos, ¿cómo no creer que esos ángeles visitaron á nuestro pintor en su celda y vivieron con él en dulce é íntima familiaridad? Debe observarse también que los santos mejor representados por su pincel, son aquellos que en su juventud y en su vida se acercaron más á la naturaleza angélica (1).»

V.

PUERTA DEL MERCADO EN HITA

Aunque en el año de 1843 publicó el *Semanario pintoresco español* un grabado de este monumento con el título de: *Puerta árabe en Hita*, las imperfecciones de aquel dibujo son tales, que bien podemos asegurar, después de haber visto el original, que está muy lejos de dar idea de tan precioso resto de la arquitectura militar de España en la Edad Media. Debemos al Sr. D. Eusebio Muñoz, nuestro querido amigo, el dibujo exacto que hoy reproducimos, tomado á presencia nuestra en la villa de Hita y ejecutado con toda la exactitud posible.

La simple inspección basta para comprender que

la puerta no tiene nada de árabe, como afirmó el Sr. de La Corte en el *Semanario pintoresco español*. Es, á nuestro juicio, obra del siglo XIV, ejecutada á expensas del marqués de Santillana, señor de Hita y Buitrago. El escudo de los Mendozas, que campea sobre el vértice de la ojiva y entre los dos yelmos, parece ser la partida de bautismo de este monumento. El cual consiste en un arco ojival formado por dos órdenes de dovelas que dan solidez y belleza al propio tiempo al conjunto de la fábrica. Sendos torrejones embebidos hasta la mitad de su circunferencia en el muro, soportan con un orden de gallardos mata-canes el pabellón saliente que corona la puerta; robusto parapeto por cuyos intersticios se arrojaban piedras y otros proyectiles en casos de defensa. El balcon ó pabellón está coronado por almenas acabadas en punta.

La puerta, que mira al campo, es el único objeto que subsiste de la antigua muralla de Hita, villa importante, situada á cuatro leguas de Guadalajara, y á una de la margen izquierda del Henares.

Al publicar este monumento, nos proponemos contribuir á una obra necesaria, y es, la de allegar materiales para escribir la historia tan injustamente olvidada de la arquitectura militar de España en la Edad Media. Este estudio es importantísimo, porque se enlaza íntimamente con la historia de nuestra reconquista, á quien deben su existencia nuestros castillos y murallas. Por desgracia, de todo queda muy poco, y ántes que desaparezca, debemos salvar el recuerdo vivo de las ruinas en nuestras publicaciones ilustradas.

No importa que no se sepa la historia del monumento, para dejar por eso de publicarlo: el historiador y el crítico vienen detrás del viajero á aprovecharse en sus estudios de los descubrimientos y datos reunidos á granel en archivos y bibliotecas.

EL CRATER DEL VESUBIO

El grabado que lleva este título no necesita larga explicación: basta mirarlo para comprender la imponente y terrible vista interior del cráter del Vesubio, tan celebrado por los viajeros. La fisonomía con que nosotros lo reproducimos es la que tiene actualmente, y difiere poco de la que describió Chateaubriand en su viaje á Italia.

«Forma, dice éste, una concha de una milla de circuito y trescientos pies de elevación, que va ensanchándose en figura de embudo. Sus orillas ó paredes interiores están surcadas por el fuego que ha contenido y vomitado hácia fuera. Las partes salientes de estos surcos se asemejan á unos pies derechos de ladrillos en que los romanos apoyaban sus enormes fábricas de albañilería. Se ven suspendidos algunos peñascos en ciertas partes del contorno, y sus residuos mezclados con una pasta de cenizas vuelven á cubrir el abismo.»

«Su fondo está de mil maneras laboreado. Casi en medio se ven tres pozos ó bocas abiertas por donde salen grandes humos. Si se mete la mano en las cenizas, se las encuentra muy ardientes á pocas pulgadas debajo de la superficie.»

«El color general del abismo es de carbon apagado; pero como la naturaleza sabe esparcir gracias hasta en los objetos más horribles, la lava en ciertos sitios es de color azul, verde mar, amarillo y anaranjado. Trozos de granito agitados y retorcidos con la acción del fuego, se han encorvado hácia su extremidad, á manera de palmas y hojas de acanto. La materia volcánica enfriada sobre las vivas rocas, alrededor de las cuales hay flúido, forma acá y allá rosetones, guirnalda y cintas, delineando también figuras de plantas y animales, y los diversos dibujos que se observan en las ágatas.»

Todos los viajeros que han bajado á este abismo, confiesan que en él se reciben impresiones tan lúgubres y terribles, que el corazón más duro consagra allí á Dios Omnipotente el homenaje de su admiración y de su reconocimiento. Es decir, que aquel abismo, con sus bocas de fuego, es una cátedra muy elocuente para los impíos, y un oratorio donde no puede entrarse sin pronunciar con respeto el santo nombre de Dios.

EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

La paja ardía.

—Allí estaba yo,—refunfuñó,—cuando ella vino con el brujo de Lacuzan, y dijo de mí que estaba horrible. ¡Ah, sí! ¡estoy horrible! Pues bien, lo mismo que estoy yo estará ella. ¡Yo la tocaré; yo la tocaré! ¡el mal se pega!

Yo comencé á gritar: ¡piedad! ¡perdon! porque el humo me estaba ya ahogando. Malbrouk parecía respirar á sus anchas.

—¿Conque va á venir tu Adriano?—me decía:—está muy bien: le esperaré y le apretaré el cuello hasta hacerle echar un palmo de lengua negra que le llegue hasta la barba. ¡Ah!... Tengo muchas cosas que hacer todavía y no sé si tendré tiempo para todo.

En esto levantó el pie con que me aplastaba el pecho. El fuego se había apoderado ya de la alhacena que estaba detrás de la cama. El lienzo de tablas carcomidas se iba ennegreciendo. Encomendé mi alma á Dios, y le rogaba también que protegiese á mi pobre Adriano, porque me estaba ya ahogando.

Logré entre tanto arrastrarme hasta la puerta y pude percibir un poco de aire. Malbrouk había encontrado un cántaro de vino que me había enviado la señorita Blanca, y la estaba desocupando en su gáznate.

—¡Vaya con la mujer esta! ¡Conque bebes tan buen vino ahora que yo no estoy acá!

Inspiróme Dios un buen pensamiento y exclamé:

—Salva al menos el dinero que está en el baul.

Mas apenas había yo pronunciado estas palabras, cuando comenzó á golpear en el baul para abrirle. El baul contenía cinco ó seis monedas de á seis francos del dinero que me había enviado mi hijo.

Merced al ruido que él hacía, pude yo entreabrir la puerta sin llamarle la atención y escurrirme hácia afuera.

Pero el viento se precipitó por la abertura que dejaba la puerta entreabierta y las llamas se elevaron hasta el armazón de la cabaña, que ardió como un puñado de paja.

Malbrouk se encaprichaba en descerrajar el baul.

Cuando llegaba yo á la tapia del jardín de la Abadía, oí un estruendo detrás de mí: era la casa que se hundía lanzando una llamarada hasta el cielo.

En medio de aquellas ardientes llamas, Malbrouk, todo tiznado, saltaba y gesticulaba como un demonio. Había conseguido forzar el baul, y lanzó en medio del incendio un grito de triunfo.

Por lo que toca á mí, bajé hasta el río y seguí la orilla todo lo que pude por entre las moreras y por entre los sauces. Vino el día, ántes de que yo hubiera podido llegar á la selva, y me fué preciso ocultarme entre las ramas porque sabía que Malbrouk me seguía la pista para acabar conmigo.

Dos días pasé en la selva sin comer ni beber, y hubiera muerto de hambre, si Dios no me hubiera enviado el ángel bueno de nuestra casa, la que te salvó á tí en otra ocasión después de haberte sustentado largo tiempo con sus limosnas, la que ha dado pan tu madre después de tu partida, la señorita Blanca.

Entré con ella en el castillo; y ¡ay de mí! desde entonces comprendí perfectamente lo que Malbrouk había querido decir con aquellas palabras: ¡yo la tocaré! ¡yo la tocaré!

Andándome buscando encontré un día bajo los los árboles á la señora condesa, y cuando yo vine, la señora condesa estaba agonizando del mal de invierno...

La Chaumel calló.

Una hora después, Pichenet estaba otra vez á solas con la señorita de Noyal en el cuarto de su madre.

Debemos creer que la Chaumel había retocado un poco la *toilette* de su hijo, porque el señor Don Adriano tenía ahora ya todo el aire de un médico respetable y muy bien vestido.

—Desgraciadamente hay algo de cierto en esos

(1) *Via de Fra Angélico á Fiesoli*, por E. Cartier, pág. 353, París, 1856.

rumores que corren por la ciudad,—le decía Blanca prosiguiendo una conversacion empezada,—y todo ello concluirá por algun siniestro acontecimiento. Mi pobre padre está ya debilitado por la edad, y por otra parte, Lacuzan no quiere de manera ninguna ponerle en el secreto de sus confidencias. Ya vé V., Adriano, lo probable de que haya alguna desgracia terrible al cabo de tantas extravagancias.

Ya no era aquella la chiquilla risueña y alegre de poco antes. Pintábase en sus ojos la gravedad y la inteligencia, y su frente encantadora estaba cargada de tristeza. Meneó suavemente su cabeza ornada de rizados cabellos, y continuó:

—¡Pobre María! Yo era muy niña cuando oí pronunciar por primera vez en nuestra casa el nombre de *mal de infierno*. Me acuerdo que se quedó más descolorida que una muerta, y se dejó caer en un sillón lanzando un grito de espanto. Aquello era un presentimiento y este presentimiento no la ha abandonado jamás.

Pichenet estaba como absorto en profundas reflexiones.

—Aquí tiene V. la carta que recibí el domingo último,—prosiguió Blanca,—y sacando al mismo tiempo un papel de su seno leyó:

«Mi querida hermana:

«No te suplico nada, porque sé que tu corazón te aconsejará mejor que yo. Una terrible desgracia ha caído sobre nosotros. No puedo darte explicaciones por escrito. María tiene mucha necesidad de tí; pero como se trata de su vida debo prevenirte que, una vez entrada en el castillo, no podrás ya volver á salir.—Reza por nosotros.

«LACUZAN.»

Pichenet escuchaba la lectura con avidez extraordinaria.

Blanca continuó:

—Yo sabía que Alberto de Coetlogon debía batiarse al día siguiente por la mañana con Talhouet por este pobre Lacuzan; es decir, por mí.

Pero, ¡conocía yo tan bien á Lacuzan!... Para que él me escribiera una carta semejante era menester que una desgracia, y una desgracia espantosa se hubiera en efecto posesionado de su casa. Porque todavía no le he leído á V. la posdata, Adriano, véala V.

«Si vienes, hermana mía, es menester que todo el mundo ignore adonde vienes. Has de venir en secreto, sobre todo sin que lo sepa el marqués de Noyal, nuestro padre.»

—¡Es raro!—murmuró Pichenet.

—Sí,—dijo Blanca,—todo esto es muy raro. Par-
tí á las altas horas de la noche...

—¿Sola?—la interrumpió de nuevo Pichenet.

(Se continuará).

LAS CARTAS DE SAN IGNACIO

En el último número de la *Revue historique* hemos leído un juicio crítico sobre la colección de *Cartas de San Ignacio*, que se está publicando actualmente en España, y que cuando esté concluida será un monumento grandioso levantado á la gloria del fundador de la Compañía de Jesús. Firma este juicio el célebre literato francés Alfredo Morel-Fatio, crítico competente como el que más, pero no muy inclinado á prodigar elogios, sobre todo cuando estos recaen en cosas ó personas religiosas. Creemos que nuestros lectores verán con gusto este juicio que traducimos á continuación.

«No hay tal vez fundador de órden religiosa que haya trabajado tanto epistolarmente en extender y consolidar su obra como San Ignacio de Loyola. El número considerable de sus cartas que han llegado hasta nosotros, y el unánime testimonio de sus compañeros, no dejan la menor duda acerca del cuidado especialísimo con que atendía á su vasta correspondencia. A un religioso algo negligente en escribir le decía una vez: «Esta noche escribiré á lo menos treinta cartas, y ninguna dejaré pasar sin leerla muchas veces, y las escritas de mi mano las copiaré dos y tres veces á fin de que vayan sin las correcciones que para mejorarlas les hago.» Así no podía menos de desearse vivamente la publicación de la colección completa de las cartas del santo de Azpeitia; y cierto, el no haberse cumplido este deseo no ha sido por falta de celo de los individuos de la Compañía de Jesús. El P. Roque Menchaca, uno de los jesuitas españoles expulsados por Carlos III y refugiados en Italia, publicó en Bolonia el año de 1804 una colección que comprendía 97 cartas de San Ignacio traducidas en latín; más adelante el P. Cristóbal Genelli dió á luz unas 60 en el apéndice á la vida del santo publicada en Innsbruck en 1848. Mas todo esto no era más que una parte escásísima de lo que las vicisitudes de los tiempos han conservado de la palabra escrita de San Ignacio. Los editores de la presente colección que lleva por título, *Cartas de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús*, han enriquecido el tesoro reunido por sus predecesores con todas las cartas que les han suministrado varias colecciones manuscritas, las historias de las provincias y colegios de la órden, y en fin, los archivos del *Jesús* de Roma; en una palabra, no han dejado fuente á que no hayan acudido. Los tres primeros volúmenes que tenemos á la vista llevan ya el número de cartas de San Ignacio hasta 400; la última tiene la fecha del 30 de Diciembre de 1553. Este grandioso epistolario ha sido impreso con cuidado minucioso y enriquecido con un comentario sucinto y completo exclusivamente histórico, que puede tomarse como modelo en su clase. Con el fin de facilitar al público la inteligencia de las cartas latinas é italianas, los editores las han dado traducidas al castellano en el cuerpo del texto, poniendo como apéndice los originales junto con otros documentos de primera importancia. Este trabajo es realmente excelente, y redonda en grande honor de los tres sabios jesuitas PP. Antonio Cabré, Miguel Mir y Juan José de la Torre, que lo han emprendido. Deseamos vivamente que su difícil tarea llegue pronto á su término. Entonces podrá escribirse una biografía imparcial y documentada del gran soldado de Jesucristo.»

PROBLEMAS

Iba un gavilan cazando y dió de manos á boca, esto es, de garras á pico con una bandada de palomas. Muy cortés y galante el cazador, saludó á las candidas señoritas con esta exclamacion: «Sea bien venida la corte de las cien palomas.» La reina, que oyó el saludo, contestó:—No vamos ciento, porque con las que vamos y con otras tantas, y con la mitad de nuestro número y la cuarta parte de este número, y vos, señor gavilan, ciento cabal.»

La historia interrumpe aquí su relato para preguntar: ¿Cuántas palomas iban en la bandada?

Robando cierto número de naranjas, vióse un ladrón sorprendido en un huerto que tenía tres puertas de salida.

El dueño del huerto le dijo que le pondría en libertad si hacía lo siguiente:

Tenía que dejar en la primera puerta la mitad de las naranjas robadas, más media naranja, sin poder partir ninguna.

En la segunda puerta debía dejar la mitad de las que le quedaban, más otra media, también sin partir ninguna.

Y en la tercera puerta tenía que hacer igual operacion que en la segunda.

¿Cuántas naranjas había robado y cuántas le quedaron?

JEROGLÍFICO.



La solución en el próximo número.

SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO 29

Cada uno en su casa manda con autoridad de rey.

Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

SECCION DE ANUNCIOS

AGENDA DE BOLSILLO

PARA 1879.

Verdadero inseparable ó libro de memoria para 1879, con el calendario y Guía de Madrid.

PRECIO, DESDE 1 PESETA HASTA 19.

Los libros de memoria no necesitan elogios, pues todo el mundo sabe los grandes servicios que prestan.

DOS REALES EN TODA ESPAÑA

Calendario Americano para 1879, ó sea calendario español hecho en la forma del Americano, con una indicacion el primer día de cada mes de los trabajos que deben practicar los jardineros y hortelanos, charadas, adivinanzas, se-
guicillas, proverbios, refranes, anécdotas, etc.
Este calendario, el más popular y útil como indispensable para hacerlo accesible á todas las clases de la sociedad, se ha establecido á un precio baratísimo.

AGENDA DE BUFETE

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIA PARA 1879

con noticias, Guía de Madrid y calendario.—Precios, desde 2 pesetas hasta 3.75.

Libro ya demasiado conocido como inseparable á todas las casas sin excepcion para insistir más sobre su utilidad.

Se hallarán de venta en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bally-Balliere, plaza de Santa Ana, 10 Madrid, y en todas las de provincias.

LA ILUSTRACION CATÓLICA

DIRECTOR, D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PÁGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeracion de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicacion nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicacion de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisicion continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que los pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripcion que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fè* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administracion.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administracion de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administracion, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los Bonos del Timbre, que para la suscripcion de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel Reñé, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

LA CANTABRIA

POR

D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA
Individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia.

Esta obra notabilísima, celebrada por todos los más doctos críticos de España y del extranjero, se vende al precio de 12 rs. con lámina, y 6 rs. sin ella, en la librería de Murillo, calle de Alcalá, núm. 7.

En la misma librería se vende á 4 reales el folleto *La Cava y Don Rodrigo*, del mismo autor.

LIBROS

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION, en los siguientes suyos:

La Peregrinacion Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del Sr. Nocedal. Su precio, 16 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales, para los suscritores de LA ILUSTRACION 4.

Los pedidos á esta Administracion, calle de la Villa, núm. 4.